

# Figuras de la Historia

## UNA AMAZONA TUDELANA

H A C E algunos años visité el Archivo militar de Segovia en el que se custodia un depósito ingente de documentos relativos a militares y guerrilleros del siglo XIX.

El coronel director del Archivo fué conmigo de Madrid a Segovia y extremó sus amabilidades hasta el punto de que, por no sacrificar su comodidad, ya que se empeñaba en acompañarme, volví a la Corte con la miel en los labios, sin haber hecho otra cosa que esbozar las hojas de servicios de el Tuapense, Zumalacárregui, León Iriarte (a) Zarandaja, el coronel Mendibil de Olite, Lorenzo Unzué (a) Barrunta de Tafalla, etc.

Me han dicho que un Real Decreto del tiempo de Primo de Rivera, debido a la iniciativa de nuestro buen amigo el general don Antonio Los Arcos, autoriza a la Diputación para traer a Pamplona las carpetas que atañen a Navarra. Sería de desear que se ratificase el Decreto y que tuviera efectividad su parte dispositiva.

Uno de los expedientes que entonces examiné, un poco a la ligera, fué el de Francisca de La Puerta, alférez de Caballería, natural de Tudela de Navarra.

Francisca de La Puerta renovó la tradición de Catalina de Erauso, otra alférez natural de San Sebastián, que sería originaria de Navarra, donde radican los apellidos Eraso y Eransus. De uno u otro modo se llamaría probablemente, ya que Erauso tiene el aspecto de una deformación caligráfica.

Francisca de La Puerta nació en Tudela a fines del siglo XVIII.

Si hemos de creer a los viajeros que por aquel tiempo visitaron la ciudad, Tudela, como lugar fronterizo, era el albergue de muchos contrabandistas y de forasteros díscolos y bulliciosos que tenían que ver algo con la justicia; ambiente propicio para la exaltación de la aventura y para el cultivo de los temperamentos inquietos y jaraneros.

No digo que la Francisca fuera uno de estos temperamentos, **pero** tampoco sería una ursulina.

Vino la guerra de la Independencia y se alistó en la partida del coronel don Vicente Jiménez (1).

Una de las virtudes de la guerra consiste en esa selección de personalidades. Es una especie de zaranda en la que queda lo granado, entre los que sobreviven, y se desechan las zarandajas.

La Francisca no pasó por el cedazo de la vulgaridad. El marqués de la Romana, en uso de sus facultades, y en atención a los méritos contraídos en la guerra, le concedió la graduación de Alférez de Milicias Urbanas, agregada a la partida del Caracol, con el sueldo, fueros y privilegios de alférez efectivo del Ejército.

El día 13 de junio de 1810 fue herida de gravedad cerca de Badajoz, en el lugar denominado La Atalaya. El percance tuvo lugar en un encuentro con los franceses, al hacer una descubierta al frente de cuarenta hombres.

Con fecha 1 de julio del mismo año la Junta de Gobierno de la provincia de Badajoz recompensó sus servicios con la medalla de honor creada para premiar a los que se distinguieron en la defensa de la patria.

Desde mediados de agosto hasta el 10 de septiembre estuvo descatada en Alcántara y el 15 de septiembre se halló en la acción de Fuente de Cantos (2).

Por Real Decreto de 1 de diciembre quedó agregada al Estado Mayor de la plaza de Cartagena con el sueldo anual de 180 reales vellón.

En resumen, había prestado servicio en las partidas de don Vicente Jiménez, y de D. Toribio Bustamante (a) Caracol (3), a las órdenes de don Carlos España y de don Fernando Butrón, y en el escuadrón de Cazadores de a caballo de Castilla. Estuvo prisionera de los franceses, sin poder precisar tiempo ni fechas.

Terminada la guerra, vivía en Vallecas. Por enero de 1815 el

(1) No era Vicente Jimenez sino el que Rodríguez Solís, que suele confundir los nombres, designa con el de Ventura Jiménez, natural de Mora de Toledo, rico labrador que formó una guerrilla llamada de Observación de la izquierda del Tajo. Por aquellas tierras vemos guerrear a Francisca de la Puerta. (Rodríguez Solís, Los guerrilleros de 1808, Cuaderno VI, p. 11).

Esta partida la mandaron después Juan Gómez y Manuel Adame (a) El Locho.

(2) Fuentecantos, en la provincia de Toledo, municipio de la Calzada de Oropesa. Hay otro Fuentecantos en Soria, diócesis de Osma.

(3) Don Toribio Bustamante (a) Caracol, nació en Rioseco, Valladolid, donde ejercía el cargo de administrador de Correos. Cuando los franceses entraron en su pueblo en Junio de 1810 mataron a un hijo suyo, todavía niño, y a su mujer, después de ultrajarla. Don Toribio se echó al campo y organizó una guerrilla en la que formaba una sobrina suya, llamada Catalina Martín, que vivía con él en Rioseco y que no quiso abandonarle después de la terrible tragedia familiar. Catalina peleó constantemente al lado de su tío, y en la acción del 29 de julio recibió una cuchillada en un brazo.

Atraída por la fama de esta joven, se alistó en su partida Francisca de La Puerta que había militado en la de don Ventura Jiménez y se había distinguido por un valor que admiraba por igual a españoles y a franceses.

teniente retirado don Félix de Agustín acusó a la Francisca de haber delatado ante los tribunales franceses al capitán portugués don Raimundo José de Souza que se encontraba en Madrid con una comisión conferida por el general lord Wellington. Los franceses habían fusilado al capitán de Souza. ¿Qué fundamento tenía esta denuncia?

Probablemente ninguno. La Francisca fué arrestada en su domicilio de Vallecas el 24 de enero de 1815 y trasladada a la cárcel de Madrid el 6 de junio. En ella permaneció hasta el 1 de octubre de 1817 en que fue absuelta de tal acusación.

Por último, el 9 de noviembre de 1818, se le concedió el retiro para Segorbe, como disperso, con el mismo sueldo mensual de 180 reales vellón.

Estas son las noticias que ha conservado el Archivo Militar de Segovia.

Los expedientes oficiales tienen una sobriedad irritante, de fechas, de ascensos y de recompensas. Hay que vestir este esqueleto del expediente, ponerle carne, y figurarse a la Francisca menuda y cenecña, tan ágil de mano como de lengua, y con una cicatriz en la cara. La cicatriz es un elemento teatral del que no se puede prescindir. Se haría respetar en ventas y mesones, soltando tacos, con el género gramatical invertido, y porvidas del Papa Illueca y del Deán. En Segorbe se casaría con algún huertano insignificante (180 reales al mes) y ella seguiría llevando los pantalones de alférez.

## LA MARTINA, LAS VITORIANAS Y LA TROTACONVENTOS

Espoz y Mina cita en sus **Memorias** otra mujer de arrestos que andaba guerreando en 1812 contra los franceses al frente de veinte hombres.

"A mi vuelta de la visita hecha a Longa —escribe— unos soldados de mi División me presentaron veinte hombres que habían hecho presos con una mujer que los mandaba, llamada Martina y, al parecer, se ocupaban en robar y asesinar en las provincias de Alava y Vizcaya, bajo el título de partidarios; los cuales hice conducir a la presencia de Longa para que dispusiese de ellos" (4).

(4) Tomo I. pág. 142

El guerrillero Longa se llamaba Francisco Anchía. Había nacido en el caserío de Longa de Santo Tomás de Bolívar, en Mallavia, Vizcaya, de donde le vino el apodo. Longa fué aprendiz de herrero en Puebla de Arganzón, buen mozo, brutote y dominador, audaz e inteligente. Enamoró a la hija de su patrón y se casó con ella. Llegó a mariscal de Campo en el ejército realista. Aunque llevaba fama de expeditivo, no lo era tanto como Espoz, que tenía pelos en el corazón y agallas de baratero y se deshacía de todo aquel que le daba sombra, como se deshizo de los primeros guerrilleros navarros y eliminó a Renovales y al prior de Ujué don Miguel de Miguel, de graduación superior y anterior a la suya.

Pocos días después los soldados de Espoz le presentaron alguna correspondencia interceptada a los franceses. En ella iba un oficio del Comisario de Policía de Vitoria, un tal Garrido, dirigido al General Doumonstier. En dicho oficio se leía: "La Martina, una segunda amazona, ha hecho temblar con veinte malvados todo slos pueblos de Vizcaya y Alava; ha hecho una infinidad de robos y asesinatos. Había aumentado su partida hasta cincuenta hombres, pero ha sido cogida con veinte de los suyos por veinte hombres de Mina en Zárate, y se la han llevado verosímilmente para arcabucearla, porque Mina no da cuartel a los ladrones".

Con estos antecedentes, tendríamos motivos para dar por perdida a la Martina si Puigblanch, el ex-novicio de Mataró, que todo lo sabe y todo lo apunta, no hubiera dejado escrito: "...el furor de Mina en perseguir a las demás partidas se extendió a poner presa a la joven amazona Capitana Martina, que acaudillaba una, y a la que, llevada a Pamplona ya libre de franceses, y absuelta por aquella Audiencia, premió Fernando, vuelto a España, concediéndole los honores y sueldo anejos a aquel grado" (5).

No tengo más datos de la Capitana Martina ni sé si era navarra, vizcaína o alavesa, pero presumo que no era alavesa.

Así como los soldados alaveses se han distinguido siempre por su bravura y por su disciplina (6), hay que convenir en que las alavesas han brillado, más que por su bravura, por su belleza.

La belleza de las alavesas, y sobre todo de las vitorianas, el agrado de sus modales, su ingenio y su elegancia han cautivado a muchos extranjeros que escribieron sus impresiones de España.

(5) Opúsculos gramático satíricos, t. II, p. 485.

(6) El general alemán von Rahden, al servicio de los carlistas (1837-1840), se hace lenguas del valor de los alaveses mandados por don Prudencio Sopolana, natural de Tertanga, y añade que son los soldados más disciplinados del mundo.

Los viajeros venían predispuestos a la españolada, al fandango, la pandereta y la navaja en la liga y hallaban en Vitoria el arquetipo de la hermosura, de las distinción y de la feminidad. Padría citar varios ejemplos de esta emoción que ha producido Vitoria a lo sextranjeros en su ruta obligada hacia Madrid.

En sus descripciones abundan los balcones colgados de geranios y los abanicos que recatan un óvalo bizantino nimbado con mantillas de encaje y peinetas de concha.

Pero las mujeres de Vitoria eran menos belicosas que las de Tudela. Antes de que existieran los bares y los Institutos de Segunda Enseñanza, no se concebía, en Vitoria la mujer alférez ni la mujer bachiller.

En el archivo de su Diputación vi un expediente formado en 1797 con ocasión de la alarma que produjo la aparición de una señorita de 28 años que hablaba diversos idiomas y departía sobre temas de política, de filosofía y de ascética.

Los vitorianos, que eran poco feministas, se escandalizaron. —Más le valdría saber fregar— decían algunos.

—¡Concho! ¿Una mujer se ha de meter en esas cosas?— exclamaban otros.

—Esto no puede ser para bien— concluían todos.

El resultado fué un proceso por el cual se averiguó que aquella señorita se llamaba Manuela María Modroño, natural de Castro Ñuño, junto a Toro, y que venía en romería a Nuestra Señora de Aránzazu.

Había recorrido toda España. Estuvo en Puente la Reina, de paso para Santiago, en el monasterio de Guadalupe y en otros lugares de devoción. Entonces venía de Valladolid, pasando por Burgos y Dueñas en cuyo lugar cayó enferma y se detuvo quince días. Se alojaba en casa de los curas con quienes conversaba sobre ascética.

En Santo Domingo de la Calzada, su aparición había producido revuelo. Corrió la especie de que era italiana, sobrina del conde de Bolonia. Vestía de peregrino, con calabaza y conchas, y llevaba un reloj, artículo suntuario que produjo muy mal efecto en Vitoria donde las gentes eran modestas y económicas.

Decían también que, en Roma y en Francia, se había mezclado en intrigas políticas.

Del proceso no resultó ningún cargo concreto contra ella y hay que suponen que la dejaron en paz y que la señorita Manuela María Modroño siguió corriendo la caravana por albergues, mesones v rectorías.

## FORNABAR

Volviendo a Tudela, voy a presentar otro personaje que no merece el olvido en que lo tenemos ya que, en una ópera trágica, podría adelantarse hasta las candilejas y dar el do de pecho con su zorongó y su trabuco naranjero. De conocerlo Scribe, lo hubiera preferido a Fra Diávolo.

Rodríguez Solís, citado anteriormente, tiene la mala costumbre de no justificar sus aserciones, pero no crea personajes fantásticos y, aunque no indica la procedencia de sus noticias, he podido comprobar en varios casos que son ciertas y que suelen estar tomadas de los periódicos del tiempo. Vamos a seguir a Rodríguez Solís (7) para que nos descubra a Fornabar.

¿Quién era este hombre de alta estatura, fornido, valiente, duro y obstinado, cuyo nombre repetían los pueblos con admiración y entusiasmo y los franceses maldecían y' execraban ?

Un navarro nacido en una blanca casita en las orillas del Ebro, a un tiro de fusil de la ciudad de Tudela.

Vivía Fornabar dedicado a la labranza, gozando de su hacienda, mirándose en los ojos de una hija que tenía y a la que adoraba, cuando invadieron España las huestes napoleónicas.

Era María Fornabar una niña, de quince años, tan hermosa como buena, tan hábil en el manejo de la casa, condición que distingue a las mujeres de Navarra, como llena de virtudes.

Su padre la adoraba por dos razones principales: porque era la hija única que había tenido y por ser el vivo retrato de su madre, que murió al darla a luz.

La casa de Fornabar, situada, como hemos dicho, en la orilla del Ebro y muy próxima a la ciudad, era un verdadero encanto. Se componía de un edificio de dos pisos, bajo y principal, y contaba con amplios corrales, desahogados graneros, cuadras, gallinero, palomar y cuantas comodidades podían desearse en aquella época. Para atender a la huerta, que producía riquísimas frutas, tenía Fornabar un hortelano muy práctico; pero del jardín, que era precioso, se cuidaba María y en el cultivo de las flores se mostraba muy hábil, pues hacía brotar y presentaba a su padre, llena de orgullo, las más raras, más delicadas y más lindas.

Algunas veces penetraba en la huerta y ayudaba al viejo Pedro en sus trabajos. Merced a esta inteligente ayuda los pe-

(7) *Ibid.*, cuaderno VIII, pp. 23 y sigs.

rales y los guindos, las manzanas y los albaricoques, las ciruelas y los higos de la posesión eran los mejores de todas las huertas de la ribera.

La entrada de los imperiales en nuestra España destruyó la felicidad de aquel hogar, en el que los criados de Fornabar eran considerados como individuos de la familia y en el que estos miraban a la hermosa María, a la que habían visto nacer, como a una hija o una hermana.

Fornabar no era hombre capaz de desoír los clamores de su patria y resolvió levantarse en armas y acudir a la defensa de nuestra santa independencia y muy especialmente de Tudela, amenazada por las legiones imperiales.

Pensando librarla de todo riesgo, llevó a María a Tudela al convento de las monjas Trinitarias (7 bis), dejándola al cuidado de su anciana tía Sor Elisa del Amparo, y él penetró en Tudela seguido de los mozos de su casa,, que por nada del mundo le hubieran abandonado, para defender la ciudad, encomendando la casa al cuidado del anciano Pedro.

La despedida del padre y de la hija no pudo ser más triste. María, que jamás se había separado del autor de sus días y que comprendía los grandes peligros que iba a correr, no acertaba a desprenderse de los brazos de su querido padre, y sólo accedió a la separación por el doble motivo que la producía: por no causarle un pesar y por el sagrado recinto en que la dejaba.

El día 8 de junio de 1808 fué un día terrible para Tudela (8).

En las primeras horas de la mañana se presentaron a la vista de la ciudad las huestes napoleónicas.

Apercibido el vecindario, ardiendo todos los habitantes de la ciudad en patriótico entusiasmo, se habían dispuesto a la defensa.

Fornabar era uno de los jefes del movimiento y, al combatir, lo hacía por España, por Tudela y por María, tres pasiones distintas y en realidad un solo amor verdadero.

La lucha, que duró algunas horas, fué terrible, enconada, sangrienta.

Los ayes de los heridos, el ruido de la fusilería y las descar-

(7 bis) Acaso fuera el de las Dominicas.

(S) El general Lefebvre Desnoettes se presentó a las puertas de la ciudad al frente de 8.000 **hombres** e intimó su rendición. Un grupo de paisanos mal armados trató de resistir. Arrollados por los franceses, después de una lucha tenaz, Lefebvre dió la orden de deguello. El obispo don Simón Casaviella se arrodilló ante Lefebvre y pudo obtener que conmutase la orden de deguello por la de saqueo, pero los soldados, ebrios de furor, no respetaron ni los conventos. (Vide Sáinz, **Antiguallas tudelanas**, I, pp. 432 y siguientes). JOSE MARIA IRIBARREN ha hecho un magistral estudio de la batalla de Tudela en esta misma **Revista**.

gas de los cañones llegaban al convento, penetrando hasta el corazón de María que muchas veces quiso abandonar las Trinitarias y correr en busca de su padre.

Los esfuerzos de los tudelanos fueron impotentes para vencer a los ejércitos imperiales y, si la ciudad se cubrió de gloria y sus habitantes merecieron bien de la patria, no pudieron impedir (por más que lograron detenerla algunas horas) la entrada de los bonapartistas que, en venganza de la resistencia de Tudela y del daño que sus habitantes les habían causado, penetraron en la ciudad, entregándose los esbirros de Napoleón, según su costumbre, al saqueo, a la violación, al pillaje, al incendio y al asesinato.

María Fornabar fué una de las víctimas de aquella hecatombe, pues los franceses no respetaban los conventos ni las religiosas, ni se detenían ante las iglesias con tal de saciar sus inmorales apetitos o sus criminales deseos.

Sin que nadie pudiera explicarse de qué modo, el cadáver de la desgraciada niña, arrojado al Ebro, apareció y se detuvo aquella tarde delante de la blanca casita en que había nacido, al pie del jardín que cuidaba con tanto esmero, cual si una mano invisible hubiera pretendido que fuese a reposar entre las hermosas flores y los dorados frutos que a ella le debían su nacimiento, su conservación y su belleza.

El anciano Pedro, que había recogido en sus brazos el cadáver de la infortunada criatura, lo colocó en la sala baja que servía ordinariamente de comedor, encendió algunas hachas de cera y lo veló toda la noche con piadosa solicitud, alternando los rezos con las lágrimas y los suspiros con las quejas.

¡Espectáculo tristísimo!

María, con el blanco hábito de las monjas trinitarias, que su tía le había hecho vestir en el convento, para mejor librarla de todo peligro, parecía una estatua de mármol porque la muerte condolidada, sin duda, de su juventud y de su inocencia, no había querido privarla de su singular hermosura.

Por las ventanas de la sala mortuoria, completamente abiertas, las flores del jardín enviaban a María sus más delicados perfumes.

La luna, oculta hasta entonces por una espesa nube, apareció espléndida en el horizonte e iluminó con sus plateados rayos la blanca frente de la hermosa niña.

El río pasaba murmurando delante del cadáver de María. ¿Qué ocurría en su profundo seno? ¿Lloraba o maldecía? ¿Saludaba a María o juraba vengarla? ¿Quién lo sabe!

Los pájaros, que tantas veces hían arrullado a María con sus dulces trinos y recogido la comida de sus manos, entraban en la sala y picoteaban los blancos dedos de la niña, buscando, sin duda, en ellas el acostumbrado festín.

¿Dónde estaba el infortunado padre? ¿Dónde? Cumpliendo sus deberes para con la patria, luchando como bueno al lado de sus hermanos.

¿Por qué no venía?

¡Pluguiera al cielo que no hubiese de venir jamás! Por -mucho que tarde, aún llegará sobrado temprano para conocer su inmensa desdicha.

Un secreto presentimiento, un dolor inexplicable, una fuerza incomprensible le atrajeron a su casa.

Cuando, a lo lejos, contempló la sala baja, iluminada, sintió un escalofrío que, naciendo en la raíz de sus cabellos, se extendió por todo su ser,

¿Qué significaban aquellas luces cuando los franceses eran dueños de Tudela y cuando lo racional era ocultar de su vista las casas, las haciendas y las personas?

Fornabar ordenó a uno de los mozos que se adelantase y averiguase la causa de aquella extraña iluminación.

El mozo echó a correr, llegó a la casa, vió el cuerpo de María velado por el viejo Pedro y retrocedió espantado, sin saber que decir a su amo.

Al notar la palidez, la agitación y las lágrimas del criado, se lanzó Fornabar a la casa y entró en ella como un loco.

Renunciamos a describir la escena que allí ocurrió porque nos sería imposible.

Fornabar levantó en sus brazos el cuerpo de María, lo colocó en sus rodillas, lo cubrió de besos cual si con ellos quisiera volverla a la vida, la estrechó en sus brazos y la llenó de caricias.

¿Quién convencía a aquel padre infeliz de su tremenda desdicha?

¿Quién se atrevía a decirle que la hija de su alma estaba muerta? Nadie.

En aquella lúgubre estancia todos lloraban, mezclándose los ayes del padre con los suspiros de los criados, las gotas que se

desprendían de las hachas y que semejaban lágrimas, la tristeza de las flores que inclinaban mustias sus corolas y el sordo murmullo del río.

De pronto, Fornabar, presa de una agitación vivísima, habiendo llegado a ese punto en que la razón y la locura se tocan y casi se confunden, con los ojos secos y fijos en el rostro de María, cayó al suelo desplomado.

A la madrugada, Pedro, ayudado de los demás criados, cavó en el jardín una fosa para María, rodeándola de tiestos con las más hermosas flores.

Al volver en sí de su letargo, Fornabar. luego de abrazar a Pedro y a los mozos de su casa, única familia que le quedaba, juró vengar a su hija idolatrada, y todos le ofrecieron ayudarle en su empresa.

Apenas se supo la inmensa desgracia ocurrida a Fornabar, acudieron de todas partes hombres, jóvenes y viejos para engrosar su guerrilla.

Todos los mozos de la Ribera, todos los montañeses del Cierzo, de la Torre de Monreal y de San Medán, unos con la escopeta de chispa, otros con el trabuco, quien con una hoz, quien con un chuzo, vinieron a su encuentro y, sobre la tumba de María, juraron pasar a degüello cuantos franceses cayeran en sus manos.

Al frente de los mozos de su casa y de aquellos leales amigos convertidos en guerrilleros y llevando siempre en la mente y en el corazón la imagen de su hija, fué bien pronto Fornabar el terror de los franceses, a los que no perdonaba ni concedía cuartel.

Sólo, después de una sangrienta lucha en que hizo pasar al filo de la espada de sus guerrilleros un destacamento compuesto de cien franceses, se le oyó exclamar, con los ojos llenos de lágrimas, mirando a su antigua casa de Tudela:

—¡Ya estás vengada, hija mía!

Desde aquella terrible acción, el padre cedió el puesto al hombre y, en los encuentros que sostuvo en adelante contra los imperiales, ya no se mostró tan feroz como lo había sido, advirtiéndolo a los franceses, después de todo combate, que antes, como ahora, solo obraba a impulso del amor de su" hija; que, si antes no les había concedido la vida, era por vengarla y que ahora les perdonaba en memoria suya, para que la bendijesen y rezasen por ella.

En el mes de agosto, al evacuar los imperiales a Tudela, entró Fornabar en ella en la vanguardia de las tropas de Palafox, saliendo de allí en septiembre y tornando con ellas el 22 de noviembre.

Cuando, después del consejo que celebraron Palafox y Castaños, sin acordar nada, volvióse el primero a Zaragoza y fué atacado el segundo por el ejército francés, que apareció de improviso por la parte de Alfaro, causándonos la sangrienta derrota de Tudela, Fornabar y sus guerrilleros pelearon al lado de los aragoneses hasta que el general Morlot los puso en dispersión.

Ganada otra vez Tudela por los imperiales, Fornabar continuó recorriendo la comarca con sus guerrilleros, deteniendo correos, interceptando convoyes, impidiendo la saca de granos y víveres y el cobro de contribuciones que los franceses trataban de imponer a todos los pueblos.

En noviembre de 1809 Fornabar sorprendió en las cercanías de Tudela un rico convoy y una cuerda de prisioneros españoles que los franceses llevaban hacia Aragón y, después de tres horas de sangrienta lucha, logró vencer al destacamento que lo custodiaba y apoderarse de todo.

Los carros y los furgones, en los que iban cincuenta arrobas de oro y plata, los envió a la Junta y, para dar a los nuestros un día de alegría, dispuso que, con las mismas cuerdas con que ellos los traían sujetos, atasen los soldados españoles a los imperiales y los condujeran ante la Junta.

¡Qué hermosa escena!

Aquellos soldados españoles que, pocas horas antes, caminaban con la cabeza baja, tristes y maniatados, vencidos, no por el valor de los franceses sino por el número, puesto que habían combatido contra enemigos cuadruplicados, y sólo habían cedido a la fuerza, gracias a Fornabar y a sus guerrilleros marchaban ahora con la frente erguida, contentos por deber su libertad y su vida a sus hermanos y orgullosos por llevar sujetos con las mismas cuerdas que antes agarrotaban sus manos a un centenar de enemigos de su querida patria.

¡Esta vez, el Dios de las misericordias lo había sido también de las justicias!

Fornabar los seguía, menos triste que de costumbre, no porque el recuerdo de su María no ocupase el mismo lugar en su

corazón, sino por la satisfacción que le había producido el volver a la libertad a aquellos valientes soldados, librándolos de una muerte segura.

En tanto sus guerrilleros cantaban mientras se iban alejando, mirando a Tudela y recordando sus victorias:

Adiós, puente de Tudela;  
por debajo pasa el Ebro,  
por encima los franceses  
que van al degolladero (9).

Hasta aquí he seguido a Rodríguez Solís para que su relación, pueda servir de base a nuevas investigaciones. Ciertamente, Fornabar no merece el olvido en que lo tienen sepultado los cronistas de aquellos sucesos de la Independencia, sobre todo los de Tudela. Por los detalles que dá Rodríguez Solís podemos estar ciertos de que no se trata de un personaje imaginario.

María, esta nueva Ofelia, que vuelve a su casa flotando sobre las aguas del Ebro y yace cubierta de flores junto al viejo Pedro, es un cuadro digno de Shakespeare.

Probablemente, el autor de **Los Guerrilleros de 1808** se documentó en los periódicos de la época.

En la **Gaceta del Gobierno** (10) del jueves 7 de diciembre de 1809 leo la siguiente noticia:

"Lérida 17 de noviembre. Escriben de Tudela con fecha del 8 que Fornabar, comandante de unos 700 hombres, ha cogido a los enemigos 50 arrobas de plata y oro, libertando a los prisioneros que subían de Aragón y cogido en la misma acción a toda la escolta francesa quemando los furgones y coches".

Por aquellos mismos días, Javier Mina, cerca de Sangüesa, quitaba también a los franceses la plata que estos habían robado en las iglesias.

Pero Javier Mina, a pesar de haber aconsejado a sus soldados que se sometieran a los franceses, cuando cayó prisionero, y de su desdichado fin, supo hacerse la propaganda y vocear su fama.

Espero que a Fornabar no ha de faltarle el pregonero que

(9) Hay otras variantes. Una de ellas:

Adiós, puente de **Tudela**,  
por debajo pasa el **Ebro**,  
por encima mis amores  
que van al humilladero.

El humilladero es la cruz ante la cual se inclina la cabeza.

(10) Se publicaba en Sevilla, en la Imprenta **Real**.

infe los carrillos en la trompeta de la celebridad y aplique los labios en el pífano de la gloria. Mientras tanto, pregunto a los tudelanos:

—¿Quién fué Fornabar?

### TUDELANAS DE A PIE

En esta libertad, que dió Fornaban a los prisioneros andaría mezclada otra mujer de Tudela que emulaba las hazañas de la condesa de Bureta, Agustina de Aragón, Casta Alvarez y María Agustín, en Zaragoza.

Las aguas del Ebro han producido siempre mujeres arriscadas, de temple indomable.

Esperanza Antonia Javiera Caparroso y Francés, hija de Andrés y de Esperanza, nació en Tudela el 19 de enero de 1747 y fué bautizada en la pila de Santa María. Casó con el viudo Ramón Fernández y Robres el 5 de marzo de 1769 y murió el 30 de agosto de 1815. Fué enterrada en el Convento de la Merced.

Antonia, por cuyo nombre era más conocida, se hizo célebre por sus arriesgadas empresas, en pro de los patriotas.

Mariano Sañz ha sido más piadoso con su memoria que con la de Fornabar y lo ha conservado en sus **Apuntes tudelanos** (11).

Una de sus hazañas consistió en procurar la libertad de don Mariano Renovales y de algunos de sus compañeros comprendidos en la capitulación de Zaragoza, cuando eran conducidos prisioneros a Francia.

Algunos escaparon vestidos de mujer. Yanguas y Miranda dice que Antonia cedió las ropas que traía puestas "confiando su pudor a la recatadora noche con grave riesgo de coger una pulmonía, aparte los peligros de la empresa".

La pobre señora, a los sesenta y tres años, se mezcló en aventuras impropias de su edad.

Renovales, a pesar de sus fatigas y de ir enfermo de la peste, consiguió huir al pasar por el valle de Roncal y se ocultó en Caparroso en casa de Cambra.

Contribuyó también a su libertad el roncalés don Fermín de Gambra (12) hermano de don Pedro Francisco. Este era oficial,

(11) Tomo I, pp. 479-480.

(12) Sanjines y Osante. *Héroes vizcaínos. Ligeros memorias del General Renovales*. Bilbao. Arriola (sin a).

se había distinguido en la defensa del fortín de San José de Zaragoza y huyó en compañía de Renovales. Eran hijos del capitán a guerra del valle del Roncal, y tenían una hermana llamada Josefa con la que don Mariano Renovales contrajo matrimonio poco tiempo después. Esta es la causa de que algunos escritores tengan por navarro al héroe de las Encartaciones. Esta y sus brillantes campañas en el Roncal en las que su nombre adquirió aquel lustre que había de empañar más adelante cuando, desviándose de la senda de la milicia, pretendió abrir la caja de Pandora de las conspiraciones y de la política.

También nos tendremos que figurar a la Antonia seca y huesuda, fuerte y hombruna, por aquellos descampados de las Bardenas trayendo y llevando partes y recados de don Fermín, en las ancas de una mula cocerá.

Recordamos, por último, otra mujer cuyo nombre ha callado la historia discretamente, y ha hecho bien, porque no fué a la "recatadora noche" a quien confió su pudor, sino al General Reille, Gobernador militar de Tudela en 1810, o, mejor dicho, al Jefe de su Estado Mayor que se dejó prender por sus encantos. La moza le arrancaba confidencias que ella se apresuraba a comunicar a los patriotas.

Esta no sería tan huesuda.

Mina conocía, por este medio, los movimientos de las tropas francesas, la composición de sus destacamentos y la salida de los convoyes.

Los franceses atribuían a la debilidad de su jefe por la tudelana; la pérdida de un convoy y otros reveses.

"Conocí a esta mujer —cuenta el coronel Gonneville— en una velada que dió el comandante militar de Tudela en su casa. Hacía mala pareja al lado de su amante, hombre de una cincuentena de años, con aspecto de mala persona. Ella era capaz de las peores acciones" (13).

Para el coronel de Gonneville, que no salía de sustos, desde Lecumberri hasta Pamplona, las confidencias de los patriotas eran una cosa inaudita y más abominable todavía el que fueran rescatando la plata que ellos requisaban por las iglesias.

**José M<sup>a</sup> AZCONA**

(13) *Souvenirs militaires du Colonel de Gonneville* publ. par la Comtesse de Mirabeau, sa fille... Paris, 1876, p. 185.